
CARTA DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, DESDE LA ARCADIA, A FREDO ARIAS DE LA CANAL

Un correo que viene de tarde en tarde a la Arcadia, donde ha casi tres siglos y medio que a la usanza de los pastores ando por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, o ya de los limpios arroyuelos, o de los caudalosos ríos; trajo un librito algo diferente a todos aquellos que suelen llegar por aquí, titulado: *Intento de psicoanálisis de Cervantes*, el cual devoré con el ansia del que cree que alguien ha llegado al sosegado entendimiento de por qué el estéril y mal cultivado ingenio mío engendró la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno. Creo menester declarar, para quienes quieran juzgarlo, que siempre puse ojos en quien fui, procurando conocerme a mí mismo, que es el más difícil conocimiento que pueda imaginarse, no lográndolo hasta haber terminado la historia de mi casto, enamorado y valiente caballero don Quijote de la Mancha, porque te sé decir que, aunque me costó algún trabajo componerla, al contemplarla fácil fue mirarme en aquel espejo de la caballería manchega, pues añadí dolor a dolor y pena a pena, de suerte que sentí un grande alivio al compadecerme de aquel su estado que, sin duda, fue trabajoso, aporreado, hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso.

Sin juramento me podrás creer, hermano Arias, que ahora que me acabo de desengañar de un engaño en el que he estado el mucho tiempo que ha que residido en estos lugares, llegó otro opúsculo tuyo, el de don Hernando Cortés, en el que haces una comparación de ciertos rasgos de su carácter con ciertos otros del mío, y a decir verdad, te informo, por si no hubieres mirado en ello, que yo nací el mismo año en que murió aquel valiente capitán, y tiempos después, cuando todavía disfrutaba yo de aquella dichosa juventud, mi amado padre me donó un libro de la historia del noble extremeño, escrita por un tal Gómara que dicen que fue capellán suyo. Presto quise imitar la vida de aquel genio temerario de la osadía que barrenó los navíos y dejó en seco y aislados a los valerosos españoles en el Nuevo Mundo, forjándome grandes ilusiones de ser caballero andante, y de irme por todo el mundo con mis armas y caballo a buscar las aventuras. Y a la fe, te confieso, que ahora me enteró de otros muchos rasgos que Cortés y yo teníamos semejantes, lo que ha venido a estrechar aún más la grande amistad que llevo con este señor y amigo mío, quien en este paraíso terrenal goza no sólo de la gloria de sus armas, de la fama de sus hechos y de la memoria de sus virtudes, sino de la grandeza de sus letras, escritas en la Nueva España al calor de sus hazañas.

Solo quisiera, acerca de lo de Cortés, y para bien de los que profesan en la orden de la andante caballería, recordarte algo que, aunque no por insuficiencia y pocas letras, se te pasó inadvertido, y que tanto para don Hernando como para mí, que por él hablo por la confianza que me tiene, lo considero de la mayor importancia, y no es otra cosa a la que me refiero, que cuando hiciste el parangón de los estados sonambúlicos, que así les llamais ahora, entre Ayax el

telamonio y el cortesísimo conquistador, pudiste, sin menoscabo alguno, haber también comparado lo de aquella brava y descomunal batalla que don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, pues el caballero desenvainó la espada, con la cual dio cuchilladas a todas partes, diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algún gigante. Y es lo bueno que no tenía los ojos abiertos, porque estaba durmiendo, y soñando que estaba en batalla con el gigante. Lo cual, recordarás, visto por el Ventero, tomó tanto enojo, que arremetió con don Quijote y a puño cerrado le comenzó a dar tantos golpes, pero ni con todo aquello despertaba el pobre caballero, hasta que el Barbero le echó un caldero de agua fría por todo el cuerpo, con lo cual despertó don Quijote; mas no con tanto acuerdo, que echase de ver de la manera que estaba.

Como lo habrás imaginado, Arias, yo también sufrí tales locuras durante mi vida, habiendo tenido más de una aventura por las ventas por donde me llevaban mis varios oficios, habiendo quedado en alguna ocasión, como el bueno de Quijana, de mala traza y peor talante; pero gracias a los privilegios de que gozo en la Arcadia, entre los cuales se encuentra el de leer todo lo que de mí se estampa en el mundo, me he llegado a conocer mejor ahora, que en el siglo que di mi espíritu para venir a estos prados a gozar de eterno descanso y felicidad.

No quiero encarecerte el servicio que te hago en haberte recordado lo que te he dicho sobre tan honrado y noble caballero como lo fue el de la Triste Figura, pero te aconsejo que en la segunda edición que hagas del estudio sobre Cortés, incluyas esa batalla en la que Sancho vio correr la sangre por el suelo y la cabeza del gigante cortada

y caída a un lado, y fío, que no desdeñarás la cortedad de tan humilde servicio que con esto te hago.

Miguel de Urbante
Isauro de

Publicado en la revista NORTE No. 244, Noviembre-Diciembre 1971

INTENTO DE PSICOANÁLISIS DE CORTES

FREDO ALAN ELLA CARR

Los psicoanalistas que se han interesado por el estudio de la personalidad de Cortes han sido muy pocos. En el presente artículo se intentará un análisis de la personalidad de Cortes, basándose en los datos que se han podido obtener de su vida y de su obra. El análisis se hará en tres partes: la primera se ocupará de su vida y de su obra; la segunda de su personalidad; y la tercera de su personalidad en relación con su obra.

En el presente artículo se intentará un análisis de la personalidad de Cortes, basándose en los datos que se han podido obtener de su vida y de su obra. El análisis se hará en tres partes: la primera se ocupará de su vida y de su obra; la segunda de su personalidad; y la tercera de su personalidad en relación con su obra.